

depositario de la forma más avanzada de autoconciencia" (pág. 83).

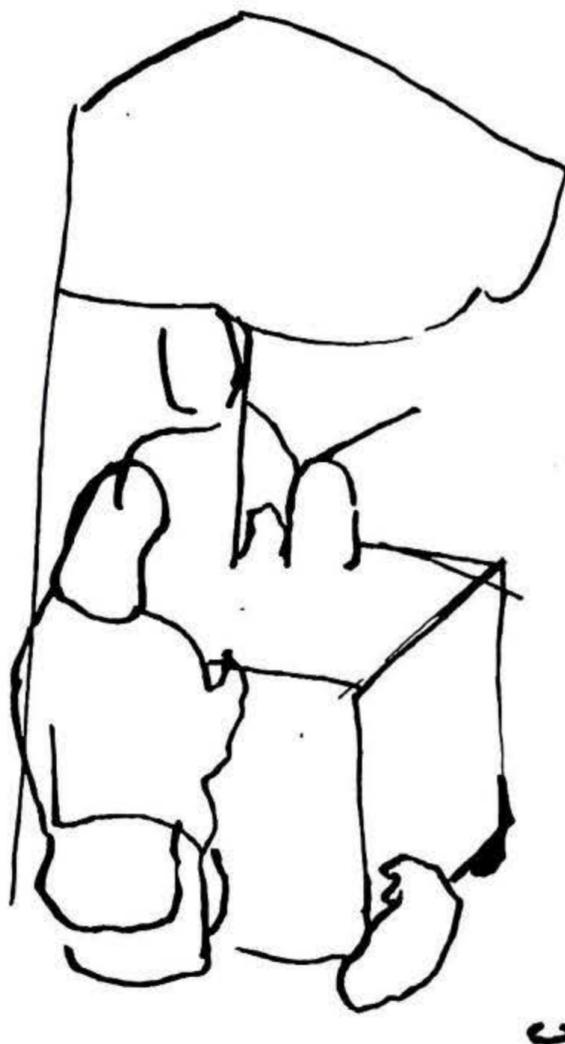
Consecuentemente con esta crítica, la idea tradicional de la revolución resulta problemática. Es cuestionada y se abre a nuevas posibilidades del actuar político, como las que Norbert Lechner llama "rupturas pactadas", que excluyen tanto la guerra a ultranza (que busca la aniquilación del adversario) como la concepción afín al neoliberalismo, en la cual la generación de un nuevo orden social se identifica con un consenso y la constitución se convierte en una cuestión técnica —"organización racional de los medios en relación con los fines"— característica de toda tecnocracia, "sea de Chicago o de Pekín" (pág. 86).

De este modo, en la perspectiva posmoderna la democracia se considera como "un orden intrínsecamente conflictivo" determinado por "intereses diversos y fluctuantes, que presuponen un orden normativo que sea el marco para permanentes negociaciones" en las cuales se alcanzan "consensos cambiantes, nunca definitivos" y en cuyo interior "no hay conquistas irreversibles, verdades oficiales, leyes inmutables de la historia [...] una apuesta siempre renovada entre opciones alternativas" (pág. 87).

Cierto "realismo" parece reemplazar la expectativa de redención mesiánica y el voluntarismo vanguardista. Con ello, igualmente, parece imponerse una "revalorización de la secularización": "Por oposición al mesianismo introducido por la perspectiva revolucionaria de los sesenta y exacerbado por el autoritarismo, la secularización tiene hoy una connotación exclusivamente positiva, sin mayor reflexión sobre su potencial desestabilizador. Para la consolidación democrática aparece imperativo desvincular la legitimidad de la verdad y restablecer el ámbito de la política como espacio de la negociación" (pág. 89).

Sin embargo —concluye el autor—, es necesario reconocer que el proceso de secularización y desencantamiento "puede llevar a una concepción cínica e inmediateista de la política, despojada de toda noción y todo contenido utópico, calcada en sus mecanismos de los procesos ciegos del mercado" (pág. 90).

Como alternativa a tal "Realpolitik" —que en última instancia manifiesta el conformismo— siempre será posible replantear el contenido utópico: "en algunos teóricos y en varios partidos políticos latinoamericanos lo que se ha dado es una resignificación de la utopía, considerada antes que como meta factible como idea regulativa y movilizadora que permite valorar lo existente" (pág. 91).



Por otra parte y para terminar, plantea el autor que, ante la crisis de los modelos totalitarios, la que él llama "sensibilidad posmoderna" puede servirnos para desarrollar una concepción de la política que "revalorice el consenso, antes que como meta absoluta como principio regulador que reconozca la pluralidad de los sujetos que participan en la política" y que de esta manera pueda promover la democracia "como reino de la polifonía y la diferencia" (pág. 91).

La cuarta y última parte del ensayo lleva por título *El agotamiento de la vanguardia* y aborda una temática bien específica dentro del conjunto, constituyéndose por su peculiaridad en una especie de "apéndice". Éste le permite al autor, que se muestra muy enterado y sensible a las manifestaciones de la cul-

tura contemporánea y de su crisis, iniciar —con una alusión a Baudelaire— una muy sucinta y concisa reflexión sobre el asunto, en el interior de la cual destaca de nuevo la particularidad de tales desarrollos entre nosotros: el problema es tan complejo que considerarlo aquí desbordaría los límites de una reseña.

RUBÉN JARAMILLO VÉLEZ  
Departamento de Filosofía  
Universidad Nacional

## Valle es Valle y lo demás también

Gorrones, salseros y montañeros.  
Una mirada antropológica al  
Valle del Cauca

Libardo Saavedra

Publicado por "Fundayudas", en Tercer  
Mundo Editores, 1995, 198 págs., ilus.

Este libro constituye un interesante estudio sobre las diversas corrientes raciales que entraron a conformar el actual mapa humano de esa región, tema que se ha intentado tratar por diferentes autores y que con la presente investigación logra un aporte significativo. El autor lo presenta como "ensayos independientes, pero con unidad en sí mismo". En las primeras páginas señala cómo el Valle del Cauca está conformado por una "porción plana", "una parte del litoral" y "una buena parte de montañas" para precisar cultivos, integración racial con aportes de sangre indígena, negra, mestiza y de hijos de extranjeros nacidos dentro del territorio, y cómo su historia se encuentra "ligada" a nariñenses y caucanos, "a paisas, tolimenses y negros". Concluye que el vallecaucano "es una mezcla de idiosincrasias diferentes".

En el capítulo "El escenario de la diversidad", se refiere a las divisiones administrativas antecedentes a su fundación como departamento (1910) y cuáles fueron, inicialmente, los asentamientos de Jamundí y Yumbo bajo la acción conquistadora de Sebastián de Belalcázar (1536) hasta controlar el "suelo vallecaucano" en tiempo aproxi-

mado de 40 años y mediante fundaciones en sitios estratégicos y el sometimiento de los indios. Señala el orden de fundaciones de las localidades, cuáles tuvieron “ceremonia de fundación” y cuáles no, el cambio de algunos nombres, para concluir con la acción colonizadora de los antioqueños. Precisa, además, la extensión actual del departamento y la correlaciona con las de algunos países de Centroamérica. Determina cuatro regiones naturales: Pacífico, cordillera Occidental, valle geográfico, cordillera Central, sus características agrícolas y étnicas, sus costumbres, su extensión, la importancia de cada una de ellas y los fenómenos sociopolíticos que en ellas han sucedido.

En el capítulo “Prehistoria: el pensamiento primitivo que todos llevamos dentro” —con presentación del profesor Gonzalo Correal Urrego—, expone que “hace cinco mil años, los caleños oraban y danzaban alrededor de algunos objetos totémicos para tener suerte en una faena de caza, mientras que hoy rezan y conjuran un balón para ganar un partido de fútbol. De verdad que espiritualmente no hay muchas diferencias entre una etapa y la otra”.



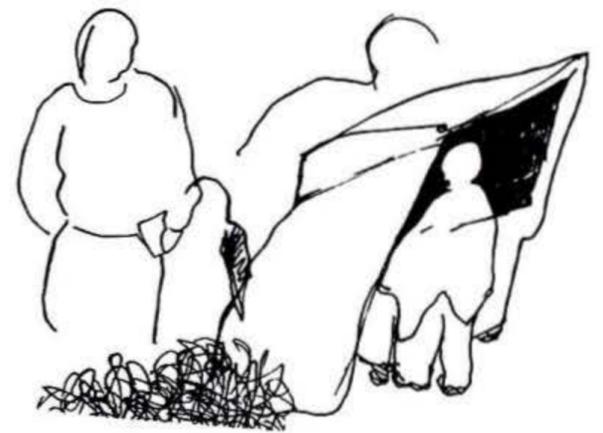
Refiere cómo, “ochenta siglos antes del nacimiento de Cristo, los primeros hombres llegaron al valle del Cauca explorando las márgenes del principal río, mientras que otros subieron por el Magdalena [...]” y explica su procedencia, las diferentes rutas seguidas, sus tareas iniciales, la razón de las migraciones, utensilios y herramientas que facilitaron sus labores —piedra, fuego,

rueda— hasta volverse sedentarios en esta comarca hacia el año 2000 a. de C., cuando se pasó de una “horticultura de raíces a una de semillas”, con sus consiguientes consecuencias en el régimen de cultivos y la organización social en los sectores que poblaron —donde dejaron invaluable tesoro arqueológico— gorriones, lilíes, jamundíes, bolos, buchitolos, chinches, amaines, calimas, bugas, etc.; y hacia el norte, los quimbayas, los pijaos, cada grupo con sus costumbres y formas propias de vida, actuando sin unidad, que más bien guerreaban entre sí, lo cual facilitó a los españoles la tarea de conquista. De esto dieron cuenta los cronistas y la dan las investigaciones arqueológicas realizadas en diferentes regiones del departamento. Incursiona en el examen del “Pensamiento primitivo”, en sus diferentes manifestaciones.

En el capítulo “Historia: de la gobernación del Perú al Valle del Cauca” —con presentación del profesor César Augusto Ayala Diago—, se refiere a la aventura de Colón, a sus motivaciones, a sus acompañantes, a sus objetivos, a sus hallazgos, a las fundaciones y a cómo Pascual de Andagoya “fue el primer descubridor de las costas vallecaucanas” y quien abrió el camino a la conquista del Perú. Hace relación a la presencia de Hernán Cortés, en México, y de Fernando de Magallanes, en el sur del continente americano. Anota que los españoles ingresan al valle del Cauca por el sur, venidos del Perú y al mando de Sebastián de Belalcázar tras las diferentes versiones del sueño de El Dorado. Relaciona las fundaciones y su organización, ajustada a preceptos reales y a las estrategias que demandaban el enfrentamiento con los indígenas, sus avances, los virreinos y las gobernaciones instituidas, entre ellas la de Popayán, con sus consiguientes provincias —Cali, Buga, Buenaventura y Cartago— y los pleitos de los conquistadores, que debía resolver la corona. Las luchas de independencia, la fundación de la república, las nuevas divisiones administrativas, entre ellas la de Popayán, —después Estado Soberano del Cauca—, de donde surgió el departamento del Valle. Relaciona el proceso de la “colonización paisa”, fundación de pueblos y preferencias, innovacio-

nes y costumbres, hasta lograr una integración con los raizales.

En el capítulo “Indios, negros y mestizos” refiere que en este territorio existen muy pocas comunidades indígenas y que se ha operado una inmigración de los departamentos limítrofes del sur y del oriente. En cuanto a la población negra, la cual entró por Buenaventura, afirma el autor que no ha permanecido en comunidades aisladas porque se ha integrado a las otras razas. Refiere cómo los cronistas vivieron el asombro que les produjo ver determinadas conformaciones de los indígenas y de las especies animales, así como su antropofagia.



Analiza la actitud de la corona frente a los indígenas y los negros, en lo referente a su gobierno y sus creencias, así como el número de integrantes de una y otra raza. En cuanto a los negros, se refiere a la ausencia de protección legal, castigos y servicios, precio y utilización, denominaciones, discriminaciones y ubicaciones, palenques y tratamiento obtenido tras la independencia, mercantilismo y paternalismo, ésta última forma descrita en la novela *María* de Jorge Isaacs, para reseñar que “el Valle del Cauca no es entonces un departamento homogéneo en su composición étnica, ni en sus rasgos culturales contemporáneos”.

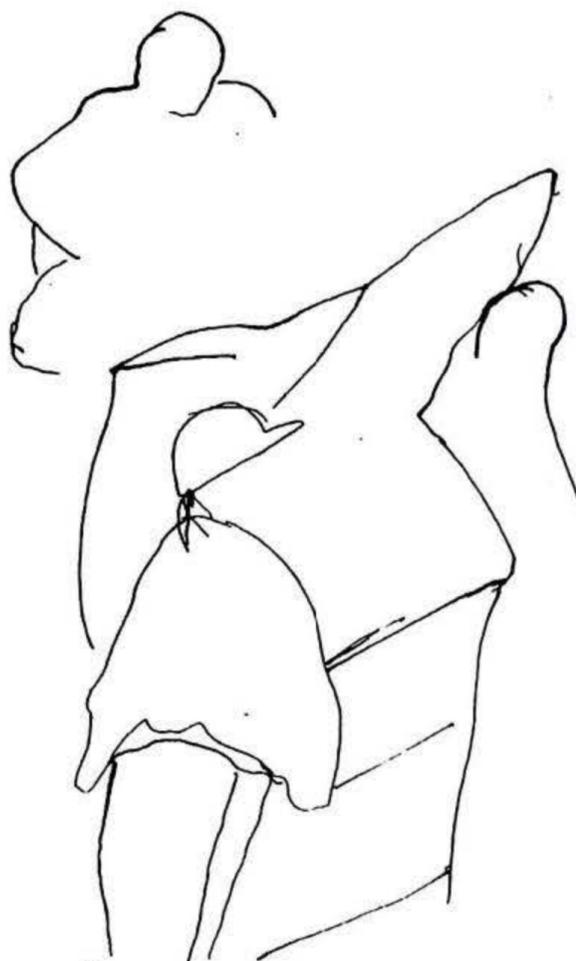
En el capítulo “Literatura y aventura” —con presentación del profesor Alberto Mayor Mora— destaca la importancia de los cronistas Cieza de León, en el occidente-sur, y sus sucesores criollos, Rodríguez Freyle, con *El carnero*, y Eustaquio Palacios, con *El alférez real*, novela ésta última que, al igual que *María* (1867) de Jorge Isaacs, describe toda una época en múltiples aspectos, en especial de la vida social y política. Hace historia de estos autores y la significación literaria de sus obras.

En el capítulo "Vallunos: por qué salseros y algo de santeros" —con presentación de Myriam Jimeno Santoyo— identifica esta música con el ser "caleño" o "vallecaucano" en sus gustos y ocupaciones, al representar la salsa un "sincretismo cultural ocurrido en los últimos 50 años", con orígenes en Cuba y en los barrios latinos de Nueva York, con ascendiente en la música afrocubana y acogida, a su llegada, en la parte plana, en los cultivos de caña y en la costa del Pacífico, por la influencia de la radiodifusión internacional. Tenían los negros en su contra la cacería que de ellos se hizo en África para comercializarlos en América, tras lo cual eran traídos a Cartagena y a Buenaventura, para dedicarlos al laboreo de las haciendas esclavistas, con natural resistencia de su parte en algunos lugares. Y con ellos nace la "santería" en el Caribe. En los barrios populares de Cali, Palmira y Jamundí y municipios vecinos, "para las celebraciones decembrinas se utilizaban comparsas similares a los rituales santeros", "que siempre se acompañaban de música y baile ritual". Se produjo una fusión de lo español y lo africano en la música, y en Cali confluyó hacia la "salsa", como identidad, llegada por Buenaventura y Palmaseca (aeropuerto), en discos y espectáculos que llevaron a la creación de orquestas propias para su difusión.

En el capítulo "Nueva York: el sueño de la gran manzana" refiere la emigración —legal o ilegal— del Valle hacia "la patria del jazz y la salsa", que se devuelve en dólares y con éstos en modalidades expresivas y de gustos, después de experiencias de trabajo dolorosas, de las dificultades que presenta la nueva vida, por la discriminación y los problemas de conducta propios de esa comunidad. El desarraigo no llega a ser completo, porque permanecen alertas a las noticias que les puedan llegar de la patria y del hogar, y desde allí responden al sostenimiento económico de la familia. Por otra parte, se da la solidaridad entre ellos en evocaciones y celebraciones patrióticas y de amistad.

En el capítulo "Agüeros y creencias populares" considera que son motivados por la confluencia del carácter triétnico, a la vez que constituyen herencia universal, sin que dejen de tener

características propias. "El espíritu mágico se expresa en múltiples formas". Y en esto hay toda una tradición española. Relaciona las supersticiones que inciden en la vida de la comunidad vallecaucana (adivinatorias, inaugurales, preventivas, auspiciatorias, yerbateras, invocatorias).



En el capítulo "Sancocho de datos y notas" explica la razón de los "platos típicos", y cómo en el Valle el "sancocho" sólo tiene de original "la manera de sazónarlo y de servirlo", porque se consume también en otras latitudes; explica, además, el interés por las corridas de toros, dada la tradición española, de rememoración en festividades y celebraciones públicas. Precisa el año y las circunstancias en que se dio la primera corrida de toros en Cali y cuanto en este aspecto ha hecho la ciudad. Relata, igualmente, historias como la del Señor de los Milagros, de Buga; del Cerro de las Tres Cruces, de Cali; la instalación de una fábrica de hielo, también en Cali, el desarrollo de la navegación en el río Cauca, y el uso de las carretas y los carruajes llamados "victorias", la inauguración del primer banco y la implementación de los servicios de la luz eléctrica y telefónico y el transporte por tren y en vehículos automotores, la recreación mediante el cine y

la iniciación del juego de lotería, la catástrofe aérea de 1937 y la actividad deportiva representada en el estadio Pascual Guerrero. Hace referencia a la destrucción del valioso Archivo Histórico de Cartago (1949). Concluye con un anexo sobre municipios, fundadores, fechas, población urbana y rural.

Los sucesos y conclusiones de que da cuenta este libro —escritos en estilo ameno y fácil a la comprensión— los ha relacionado el autor con cuanto estaba sucediendo en igual momento en otras latitudes, como forma de ubicarlos en el instante histórico y cultural que se vivía. Este libro constituye valioso aporte a la comprensión de la identidad vallecaucana en sus más remotas raíces y es de esperarse que el autor, dado su interés y capacitación en estos temas, intente el estudio de las corrientes de inmigración venidas desde las diferentes regiones de Colombia al "país vallecaucano", para mostrar cómo se está ante un verdadero crisol de razas y de patria que llevará a forjar la verdadera identidad nacional.

ÓSCAR LONDOÑO PINEDA

## El triste mérito de ser un lugar donde más se irrespetan los derechos del hombre

### Culturas para la paz

Suzy Bermúdez Q. (compiladora)  
Fundación Alejandro Ángel Escobar,  
Santafé de Bogotá, 1995, 314 págs.

Este libro reúne la mayor parte de las contribuciones que fueron presentadas al simposio "Culturas para la paz" en el VI Congreso Nacional de Antropología que se llevó a cabo en Bogotá en el mes de julio de 1992. Afortunadamente, en esta ocasión fue publicado el material fundamental del simposio, aunque con algún retardo. Mencionamos la cuestión del retardo en publicar el libro, puesto que hoy en Colombia, donde aceleración de la historia es in-